

D. JOSÉ MANUEL VALDÉS.

---

SALMO LXXXIV.

**BENEDIXISTI DOMINE.**

En este salmo se anuncia la libertad del pueblo hebreo, cautivo en Babilonia. Pero bajo de esta figura se profetiza y pide la redención del género humano, por el Mesías J. C., en cuyo tiempo se juntarían la misericordia y la verdad, y deberían darse un ósculo santo la justicia y la paz.

En fin, Señor, tu bendición echaste  
Sobre esta tierra que tu herencia llamas;  
Y al pueblo de Jacob has libertado  
Del duro cautiverio en que se hallaba.

Le has perdonado todas las maldades,  
Que dieron ocasión á su desgracia;  
Abismando sus culpas en el seno  
De tu misericordia soberana.

Has aplacado tu terrible enojo;  
Y así el castigo riguroso apartas,  
Cuando por nuestras culpas indignado,  
Tu justicia pedía la venganza.

¡Omnipotente Dios! consume tu obra:  
Salvador nuestro, tu piedad nos valga:  
Conviértanos tu amor, y haz que á ti vuelvan  
Los que distantes de tu gremio se hallan.

¿Tú, Señor, por ventura, nos condenas  
Á ser el blanco de tu eterna saña?  
¿Y será tu furor tan implacable,  
Que se cebe también en nuestra raza?

No será así, mi Dios: cual tierno padre,  
Visitarás de nuevo nuestras almas;  
Y con júbilo santo entonaremos  
Los cánticos piadosos que te agradan.

Tu gran misericordia, Señor mío,  
Sobre nosotros míseros derrama;  
Y envía al Salvador, de quien tu pueblo  
Espera su salud con vivas ansias.

Atento oiré lo que á mi mente inspire  
Mi señor y mi Dios, pues sus palabras  
La dulce paz anunciarán al pueblo  
Que nunca en sus trabajos desampara.

La dicha de los justos me revela  
Que la divina ley fielmente guardan;  
Y también de los pobres pecadores,  
Que ya por el perdón contritos claman.

Venturosos sin duda son los fieles,  
Si el temor santo en su interior se arraiga:  
Su Salvador se acerca, y con el brillo  
De su gloria, esta tierra será santa.

Satisfechas entonces la justicia  
Y la misericordia, y dándose ambas  
Un ósculo amigable, en todo el mundo  
Harán que la justicia y paz renazcan.

Nacerá la verdad de limpia tierra,  
Pues la eterna justicia al contemplarla,  
Bajará presurosa desde el cielo  
Para fijar en ella su morada.

El Señor, tan benigno con nosotros,  
Así como al presente nos rescata,  
Con su divino soplo hará que brote  
Su fruto nuestra tierra, estando intacta.

Y quien de él se nutriere, á la justicia  
Verá delante, y que le tiene á raya,  
Dirigiendo sus pasos por la senda  
Que lo conduzca á la celeste patria.

### SALMO CIII.

#### BENEDIC ANIMA MEA.

*El salmista se excita á alabar á Dios á la vista de la grandeza, sabiduría y poder que resplandecen en cada una de sus obras. Explicando este salmo un expositor, dice así: Aprende, oh cristiano, á filosofar; y contemplando á la naturaleza, eleva tu mente al Criador de las maravillas que observas.*

Al Señor, alma mía, magnífica;  
¡Cuánta, oh Dios y Señor, es tu grandeza!  
Sin cesar la publica,  
Alaba y glorifica  
Con sonora voz naturaleza.

Ostentando tu gloria y hermosura,  
Cuando de nada al universo criaste,  
Con una vestidura  
De luz brillante y pura,  
Lleno de majestad te presentaste.

Como flexible piel tendiste el cielo,  
Cuyo variado aspecto nos complace,  
Y encima de ese velo,  
Para nuestro consuelo,  
Agua pusiste que las lluvias hace.

Sobre alas de los vientos en vistoso  
Carro de espesas nubes te paseas  
Por el cielo lumbroso:  
Y el rayo pavoroso  
Para que el hombre te respete empleas.

Y así como te sirven obsecuentes  
El aire y fuego, están á tu servicio  
Espíritus ardientes  
Que cumplen diligentes  
De ángeles y ministros el oficio.

Colocaste á la tierra suspendida,  
Con su gran peso, sin sostén ninguno;  
Y á tu orden sometida,  
Ni se vió removida,  
Ni la verá tampoco siglo alguno.

Sobre ella el mar estuvo derramado;  
Sus aguas como manto la cubrían;  
Y en tan confuso estado,  
Sin lugar destinado,  
Sobre los montes su remanso hacían.

Las reprendes airado; y abatidas  
Al formidable ruido de tu trueno,  
Temiendo ser destruídas,  
Huyen despavoridas  
Á sepultarse en su profundo seno.

Se elevan á sus útiles alturas  
Los orgullosos montes; aparecen  
Las humildes llanuras;  
Y aquestas criaturas  
Conforme á tu mandato se establecen.

Término señalaste al mar: hiciste  
De ligeras arenas sus murallas;  
Y á tu orden no resiste,

Pues cuando las embiste,  
Atrás se vuelve sin salvar las playas.

La tierra fertilizas con las fuentes  
Que humedecen los valles y campañas;  
Y conductos patentes  
Abres á sus vertientes  
Entre las duras y ásperas montañas.

Así á las aguas haces asequibles:  
Beben las bestias que en el campo pacen  
Dóciles y apacibles;  
Y las fieras terribles,  
Su deseo igualmente satisfacen.

Con frecuencia en sus plácidas orillas  
Se notan numerosas poblaciones  
De mansas avecillas,  
Que en humildes casillas  
Entonan entre piedras sus canciones.

Sobre los altos montes de la sierra  
Agua viertes en tiempos señalados;  
Y así en toda la tierra,  
Á las plantas que encierra,  
Enriqueces con frutos sazonados.

También brota heno con que se mantienen  
Muchos brutos; y yerbas especiales,  
Que á los hombres convienen,  
Porque eficacia tienen  
Para alivio y remedio de sus males.

Otras plantas les sirven de sustento,  
Ó para hacerles cómoda la vida:  
Les da el trigo alimento;  
Alegría y aliento  
El delicioso vino en la comida.

El rostro con aceite se embellecen ;  
Y el pan es la comida cotidiana  
Con que se robustecen,  
Y que más apetecen,  
Por ser tan nutritiva como sana.

Á los árboles riegas de los prados,  
Y á los cedros del Líbano que al cielo  
Se miran levantados,  
Por ti solo plantados,  
Donde albergan las aves sin recelo.

Las guía la cigüeña, y con presura  
Hace su nido: el ciervo va ligero  
Al monte, en cuya altura  
Halla cueva segura;  
Y el erizo entre piedras su agujero.

Tú hiciste que la luna en su carrera  
Por tiempos señalados alumbrase;  
Y que el sol en la esfera  
Á su ocaso corriera,  
Después que nuestro cielo iluminase.

Cuando el sol de nosotros se desvía,  
Con negras sombras á la tierra enlutas;  
Sigue la noche al día,  
Y salen á porfía  
Los animales fieros de sus grutas.

Los leoncillos hambrientos con presteza  
Por los amenos prados se derraman,  
Rugiendo con fiereza;  
Y deseando una presa,  
Á ti por ella ocurren, y á ti claman.

Mas luego que ellos renaciendo miran  
Al claro sol, sus rayos luminosos  
Tal miedo les inspiran,

Que al punto se retiran  
Y ocultan en sus antros tenebrosos.

Al contrario, sacude el hombre el sueño  
Cuando raya la luz y al sol descubre,  
Y alabando á su dueño,  
Trabaja con empeño  
Hasta que por la tarde se le encubre.

¡Qué grandes son tus obras! resplandece  
Tu saber, oh Señor, en cuanto hiciste:  
Y porque en ti creyese  
El hombre, y te sirviese,  
¡Con qué dones la tierra enriqueciste!

¿Quién viendo al mar tan grande y anchuroso,  
Con brazos de agua y peces sin guarismo,  
Amante y respetuoso,  
Como á Dios poderoso,  
No te adora humillándose á sí mismo?

En él viven y tienen sus moradas  
Animales pequeños y mayores;  
Y las naves osadas,  
Sobre ondas encrespadas,  
Navegan despreciando sus furiosos.

Y el enorme dragón á la ligera (1),  
Saltando, burla al piélago violento;  
Mas de ti sólo espera  
Cada animal doquiera  
Que le hayas colocado su alimento.

La comida les das, y la reciben;  
Tu mano ven abierta en su indigencia;  
Y el socorro perciben

(1) Por dragón se entiende la ballena y demás cetáceos ó peces de enorme magnitud.—(El A.)

Todo el tiempo que viven  
Confiados en tu grande providencia.

Si el rostro les ocultas, se estremecen,  
Y el aliento les falta; sus sentidos  
Y miembros desfallecen;  
Y exánimes perecen,  
Para quedar en polvo reducidos.

Mas no mueren á un tiempo, pues reservas  
De cada especie, para que produzcan;  
Cuyos hijos preservas,  
Y así siempre conservas  
En la tierra antes que se reproduzcan.

Sea dada al Señor eterna gloria,  
Pues le agradañ las obras de sus manos;  
Y la sagrada historia  
Dilate su memoria,  
Excitando su amor en los humanos.

¡Terrible es nuestro Dios! si se enfurece,  
Y ve á la tierra, con espanto sumo  
Se turba y estremece,  
Como si feneciese;  
Y si á los montes toca, exhalan humo.

A mi Señor, por tanto beneficio,  
Le haré, mientras viviere, de alabanza  
Perpetuo sacrificio;  
Y será mi ejercicio  
Cantarle salmos, lleno de confianza.

Ojalá que después de yerros tantos,  
Merezca en todo tiempo complacerle  
Con mis devotos cantos;  
Y que unido á los santos,  
Inundado de gozo logre verle.

Luzca, Señor, el venturoso día  
En que á los pecadores justifiques,  
Y aun á la gente impía;  
Y alábale, alma mía,  
Para que más y más te purifiques.

---